





RETORNO A ROMA



Alicia Padrón

RETORNO A ROMA

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: septiembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Padrón Monedero

ISBN: 978-84-16645-89-3

ISBN digital: 978-84-16645-90-9

Depósito legal: M-22299-2017

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

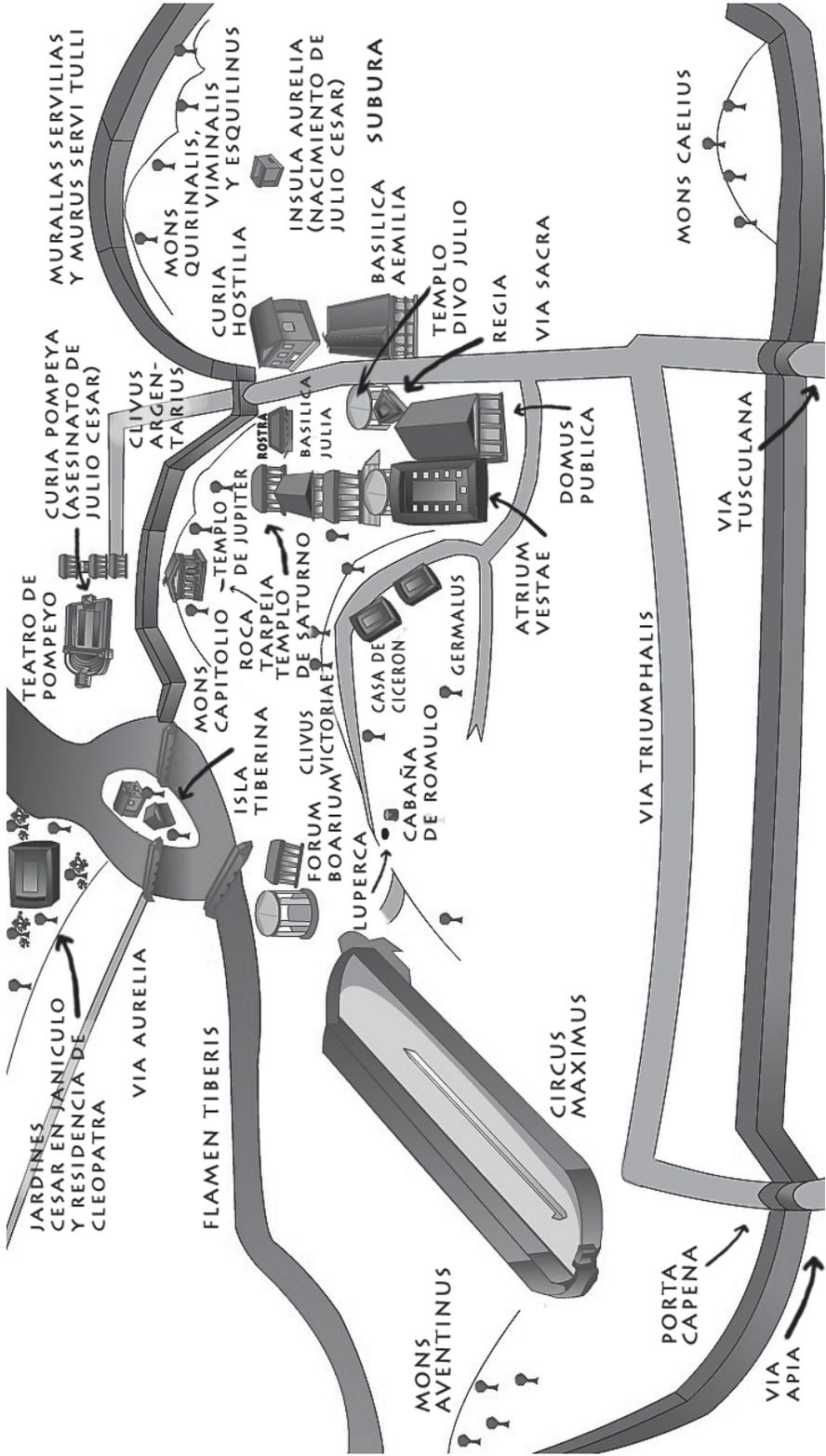
autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

A Fran, Cristina, Alex y Javi







ÍNDICE

LA FAMILIA.....	13
ALFRED.....	15
FABIO.....	19
AUTODESTRUCCIÓN.....	21
LOS IDUS DE MARZO.....	23
UNA AVENTURA PELIGROSA.....	27
PUENTES DE EINSTEIN-ROSEN.....	47
ROMA SIGLO I A.C.....	51
LA <i>SPONSALLA</i>	69
MATRIMONIO.....	79
ERATÓSTENES, ALGO AFILADO, EL SISTEMA ASTRONÓMICO ARISTOTÉLICO Y LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL.....	89
CONTINUANDO CON LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL Y ALGO MÁS.....	113
ALBA LONGA.....	135
TATARABUELOS BACTERIANOS.....	157
CONVALECENCIA.....	167
PRIMER RETORNO A ROMA.....	179
UN VIAJE A CAMPANIA.....	189
LA CENA.....	223
LA CRISIS.....	231
POMPEYA.....	239
LAS <i>SATURNALIA</i>	261
CLEOPATRA.....	267
<i>KICK BOXING</i> SALVADOR.....	277
TEST DE PATERNIDAD.....	281

LA SEGUNDA LEY	287
EL DOS DE RACHMANINOFF, UN POCO DE ALBINONI Y ALGO DE PACHELBEL.....	293
TAREAS PENDIENTES.....	297
ESPARTACO	311
BRUTO	313
LA CUARTA LEY	325
SEGUNDO INFORME.....	333
SEGUNDO RETORNO.....	341
ARTEMIDORO Y UN POCO DE SILFIO	349
OCTAVIO.....	353
QUINCTILIA	361
ESTRIDORES DEL INFRAMUNDO	367
LA PRIMERA DESPEDIDA	371
EL FESTIVAL DE LOS MONTES ALBANOS Y LAS SEÑALES.....	373
LAS CALENDAS DE FEBRERO	377
LAS <i>LUPERCALIA</i>	381
LO IMPENSABLE.....	387
EL ÚLTIMO RETORNO.....	397
LAS CLASES DE GRIEGO.....	401
EL NÚMERO VEINTITRÉS	405
LA ÚLTIMA INFORMACIÓN	407
ASUMIENDO LAS DESPEDIDAS.....	411
PLANIFICACIÓN. ¿UN GATO, UN QUIRÓFANO O TUT-NK-AMÓN?.....	417
ERRORES VARIOS	423
ENSAYO.....	429
LECCIONES SOBRE EL FUTURO.....	445
REPETICIÓN 1503	449
LUCIO.....	455
EL ÚLTIMO VIAJE Y ALCESTE.....	477
LA FAMILIA.....	485
NOTA DE LA AUTORA.....	487

LA FAMILIA

Roma, en algún momento del tiempo

La familia aguardaba en la entrada del foro a la que se accedía desde la Vía de los foros imperiales. El ardiente sol de julio caía inclemente sobre ellos. Los dos niños, de cinco y siete años, estaban sentados en el suelo con la espalda apoyada contra un pequeño murete que les proporcionaba algo de sombra mientras la pareja compraba las entradas.

Como en cada ocasión que visitaban el foro, él estaba indignado y murmuraba lo habitual.

—¡Es una vergüenza que nos cobren por entrar! Si al menos invirtiesen lo suficiente para que la gente supiera lo que en realidad fue.

Julia asentía y comprendía. Todo su ser era atraído por Roma y su historia, y en el foro experimentaba la misma sensación de paz de quien vuelve al origen de todo, a su casa natal, a su hogar.

En parte sus raíces familiares eran responsables de ello porque, aunque había nacido en América, su padre era italiano de un pequeño pueblo cercano al lago Brachiano. Le puso el nombre de Julia porque él también fue un apasionado de la historia de Roma y uno de los personajes históricos que más le fascinaron a lo largo de toda su vida había sido Julio César.

Ya dentro, él tomó a un niño de cada mano y se dirigió hacia la Curia, mientras les comentaba que el Senado romano fue incendiado y se encontraba en reconstrucción durante la época de la muerte de Julio César; que por ello las reuniones del Senado se realizaban en el teatro de Pompeyo y que desde la Rostra los más grandes oradores de todos los tiempos se dirigían al pueblo de Roma y...

Ella dejó de oírle mientras se alejaban, pero les siguió con la mirada llena de felicidad y amor, mientras caminaban sobre las grandes piedras negras en dirección a la zona norte del foro.

A diferencia de ellos, Julia giró en sentido opuesto y se encaminó hacia el Templo del Divino Julio, siguiendo el mismo ritual que repetía cada vez que visitaban el foro. Una vez allí rodeó la pequeña ruina de piedra semicircular tras la cual se ubicaba el lugar donde, según la tradición, fue incinerado y posteriormente se custodiaron las cenizas de Julio César.

Contemplar la cantidad de flores frescas que cubrían el pequeño túmulo resultaba conmovedor. ¿Cómo era posible que después de dos mil años tantas personas llenasen de flores la tumba de un hombre al que nunca conocieron?

Ella llevaba una rosa roja... pero su motivo era muy diferente.

Depositó delicadamente la rosa sobre el pequeño montículo. Incluyó la cabeza, inspiró profundamente, suspiró como si acabase de realizar una tarea titánica y entonces... sonrió.

ALFRED

Boston University, nueve años antes

La vida de Julia se desmoronaba.

Le encantaba su trabajo pero necesitaba desesperadamente un cambio, romper con todo y darle un giro radical a su existencia aunque resultase arriesgado y destructivo.

Todo había comenzado con la muerte de su padre a la que siguió la ruptura con Fabio. Después de cinco años juntos había sido dura, pero resultaba mucho peor tener que verle todos los días, por eso decidió buscar trabajo en cualquier otro lugar. Le producía mucha tristeza abandonar Boston, porque su padre fue durante más de veinticinco años jefe del Departamento de Historia Clásica donde ella estaba trabajando y su esencia aún impregnaba cada nuevo proyecto que empezaba, pero prefería renunciar a todos esos recuerdos felices antes que seguir en la situación en que se encontraba.

¡No aguantaba más!

La solución perfecta a sus problemas se la ofreció Irving Fisher, el jefe de Departamento de Stanford que había sido un buen amigo de su padre durante más de treinta años. Cuando la llamó para darle el pésame, estuvieron recordando a su padre con mucho cariño. Después de unos minutos Irving derivó el tema de la conversación hacia la investigación de Julia. Comentó que había leído su estudio sobre *Si los idus de Marzo no hubieran ocurrido* acerca de las posibilidades que tenía Julio Cesar de conquistar el imperio Parto, si la campaña no se hubiese truncado con su asesinato. La felicitó por su investigación y le ofreció trabajo en su Universidad.

Era exactamente lo que Julia necesitaba, empezar de nuevo en un lugar lo más alejado posible de Fabio. Habría preferido Hawaïi, pero tendría que contentarse con California.

Cuando ya habían cerrado todos los detalles se lo comentó a Alfred, el nuevo jefe del Departamento tras la muerte del padre de Julia. Un ascenso lógico y merecido porque Alfred había trabajado durante muchos años como su principal ayudante. Julia le conocía desde que era niña, le consideraba uno de sus mejores amigos y se alegró mucho cuando el puesto de su padre al final se lo ofrecieron a él.

Después de la sorpresa inicial Alfred la felicitó y le garantizó que, por descontado, contaba con todo su apoyo. Ella se lo agradeció sinceramente, le aseguró que le echaría mucho de menos y quedaron en mantener sus largas conversaciones aunque fuese a distancia.

Dos días después, el jefe del Departamento de Stanford le envió un escueto email comunicándole que habían surgido problemas y no habría ningún trabajo para ella. Julia, incrédula, le llamó inmediatamente.

—Hola Julia —contestó secamente.

—¿Qué ha pasado Irving?

—Lo siento mucho, al final no ha salido.

—¿Cómo que no ha salido si pasado mañana iba a firmarlo? ¿Pero qué ha sucedido?

—Lo siento.

Él no añadió nada más.

—¿Y ya? ¿Lo siento? ¿Eso es todo?

Él permaneció en silencio.

—¿No vas a darme ninguna explicación?

—No me lo pongas más difícil.

—¿Yo te lo estoy poniendo difícil a ti?

—Mira, no sé qué problemas tenéis en tu trabajo, pero yo no necesito complicaciones.

—¿Qué problemas?

—Ya he hablado demasiado. Te deseo lo mejor, de verdad Julia, pero yo no puedo ayudarte —tras una breve pausa añadió—. ¡Cúidate!

Irving colgó.

Julia acudió corriendo al despacho de Alfred para preguntarle si comentó su oferta de trabajo con alguien.

—Por supuesto que no Julia, todo lo contrario, Irving me llamó a mí.

—¿Que te llamó? ¿Y para qué?

—Para charlar sin más. No tuvo nada que ver contigo.

—¿Ah no? ¿No tuvo nada que ver conmigo? ¡Pues algo debió ocurrir en esa conversación para que él cambiase de idea tan repentinamente! —gritó Julia.

—No seas tan mal pensada. No lo enfoques de forma tan negativa —contestó con un tono de voz beatífico—. Tú y yo seguiremos trabajando juntos. Es lo que tu padre habría querido.

Julia le observó con cara de incredulidad y salió dando un portazo.

Nunca más volvieron a llamarla de Stanford.



FABIO

Julia contempló su reflejo en el espejo del baño y comenzó a llorar.

Echaba mucho de menos a su padre, la relación con Alfred era cada vez más tensa y todos los días coincidía con Fabio. Casualmente este empezó a distanciarse poco después de que falleciera su padre. Él le aseguraba que todo iba bien, pero su corazón le decía que no y Julia sabía que estar con alguien al que quieres y ser feliz era bastante más agradable que todo eso.

Entonces llegó el día en que Julia no pudo más y planteó el tema, siempre evitado, del futuro. Preguntó si después de cinco años iban a vivir juntos, si deseaba tener hijos, si de verdad la quería y todo estalló cuando él pronunció las terribles palabras que había temido todo ese tiempo:

—No estoy seguro, pero no quiero hacerte daño —que es exactamente lo que te dicen antes de hacerte daño—. Sabes que tengo sentimientos muy fuertes hacia ti, sin embargo, ahora no sé lo que quiero hacer con mi vida, no eres tú, soy yo —tras una breve pausa añadió—. Lo siento, reconozco que es un mal momento tras la muerte de tu padre —y finalizó con el grandísimo tópico de todos los tiempos—. Me gustaría que al menos siguiésemos siendo amigos.

Pensó en los momentos que habían tenido cuando él la cogía entre sus brazos primero con toda la ternura que tan bien sabía fingir y luego con pasión, esa sí era real, hasta que la hacía sentir completamente viva al menos durante esos fugaces momentos en los que nada fuera de la habitación existía ni merecía la pena.

¡Cómo le echaba de menos! ¿Por qué seguía queriéndole tanto?

Contempló el frasco de Valium. Tal vez su mente dejase así de pensar... En ese momento sobre la repisa del baño reparó en los anticonceptivos y en un arrebato los cogió, abrió el bote, los tiró todos por el váter, cayó de rodillas y se echó a llorar.

AUTODESTRUCCIÓN

El último mes había sido una mezcla de insomnio, alcohol y un par de amantes de una noche.

Nunca antes había tenido ese tipo de relaciones, de hecho se había pasado la vida estudiando, sin embargo, también tenía vivencias interesantes porque parte de su trabajo consistía en recorrer medio mundo descubriendo ruinas en lugares perdidos y no tan perdidos. Sus amigas no querían ir con ella porque se quejaban de que eran aventuras de Indiana Jones pero sin Indiana Jones y preferían viajar con algún circuito organizado y hospedarse en un hotel de cinco estrellas. Sin embargo, aunque solía viajar sola, durante el trayecto siempre visitaba a colegas y coincidía con muchísimas personas interesantes que se consideraban trotamundos del planeta y que como ella no se despegaban de sus libros de *Lonely Planet*.

En momentos tan tristes como el que se encontraba, le gustaba recordar el placer que sintió al contemplar el oráculo de Delfos, Santa Sofía, las murallas Troya, el ágora de Atenas, las pirámides, la localización del faro de Alejandría, las ruinas de Cartago, las pirámides de Calacmul en el Yucatán y por supuesto Roma. Ese viaje lo había hecho con Fabio.

Aún recordaba cómo discurrían las horas mientras ellos observaban absortos la Curia, la Rostra, el templo del divino Julio, la basílica Aemilia, la basílica Julia, el templo de las vestales, el templo de Castor y Polux y la casa de las vestales, adyacente a la cual, y compartiendo algunas estancias con ella, se encontraba la *Domus Pública*. En ésta residía también el Pontífice Máximo que en el siglo primero antes de Cristo había sido Julio César. Visitando la casa de las vestales, en el precioso atrio, flanqueado por las estatuas de las principales vestales máximas de la historia

de Roma, Fabio de repente la tomó en sus brazos, la besó apasionadamente y luego dijo:

—Te quiero.

Podía ser parte de la magia del momento, de todas las pasiones que compartían o de que pocas personas en el mundo entenderían su obsesión por Roma como ella.

Fabio otra vez.

Su mente vagaba mientras Julia intentaba concentrarse en el trabajo. No lo conseguía.

¡Todo fue mentira! Él nunca la quiso, quien de verdad le interesaba era su padre... y ya no estaba.

Entonces repentinamente descargó un tremendo manotazo sobre la mesa de su despacho y sintió una terrible punzada de dolor. Contempló la enrojecida palma de su mano soltando un gemido y deseó que el dolor físico le hiciese olvidar el otro dolor, que era mucho más profundo y cruel. Sacudió un par de veces la mano, abrió el último cajón de su mesa, sacó una botella de ron y un vaso, se sirvió una generosa ración y la tomó de golpe.

Era consciente de que estaba cayendo por una pendiente muy peligrosa. Beber en el trabajo... Alfred podría despedirla por eso.

«¡Que lo hiciera! —decidió con rabia—. Tal vez le hiciese un favor».

Se sirvió otro vaso.

Más tarde aquel día, cuando ya era de noche, Julia estaba completamente ensimismada en sus problemas mientras conducía de vuelta a casa. Por eso no se dio cuenta de que un hombre, dentro de un coche sin luces, la estaba siguiendo.

LOS IDUS DE MARZO

Roma, 15 Marzo 44 a.C.

Cayo Julio César, ataviado con su toga *trabea*, salió de la *Domus Pública*, en el bajo foro, acompañado por Décimo Bruto. Se dirigía al teatro de Pompeyo, donde tendría lugar la próxima reunión del Senado.

En la esquina de la casa se encontraba el vidente ciego Espurina, que había advertido a César que se guardase de los Idus de Marzo. Cuando César le vio, se acercó a él y declaró:

—Ya han llegado los Idus de Marzo y estoy perfectamente.

—Han llegado César... Pero aún no han pasado.

César y Décimo Bruto siguieron caminando hacia el teatro de Pompeyo. Durante el trayecto, Artemidoro, maestro de griego de Marco Junio Bruto, le entregó una nota a César donde le advertía de que en la reunión del Senado veintitrés senadores habían organizado su asesinato. Sin embargo, cuando iba a empezar a leerla Décimo Bruto le interrumpió comentando:

—Vamos a llegar tarde y nos están esperando. Ya la leerás luego, ahora tenemos prisa.

Efectivamente, a Décimo Bruto le urgía llevar a Cayo Julio César al lugar donde los otros conspiradores le apuñalarían. Prosiguieron su camino hasta el teatro de Pompeyo.

El atrio se encontraba atestado de senadores. Uno de ellos, Marco Antonio, acompañó a César hasta la escalinata de la sala de reuniones del Teatro de Pompeyo pero Cayo Trebonio le retuvo fuera bajo el pretexto de comentar un tema.

Cayo Julio César, a la hora sexta¹, entró en la sala de reuniones del Senado completamente solo.

La estancia estaba presidida por una impresionante estatua de Cneo Pompeyo Magno, un grandísimo amigo y enemigo de César, que murió asesinado por el faraón de Egipto mientras huía de los ejércitos de César. Cayo Julio César se sentó, sacó su púa de marfil y acero para escribir en sus tablillas de cera y comenzó a trabajar.

En ese momento entraron veintidós senadores. Uno de ellos, Lucio Tilio Cimber, acompañado por los demás, se acercó a César bajo el pretexto de interceder por su hermano que estaba desterrado. Cimber se arrojó a sus pies y asió la toga de César que le observó con una mezcla de asombro e indignación. Esa fue la señal para que el resto de conspiradores iniciasen el ataque.

Cayo Servilio Casca asestó una puñalada dirigida al cuello de César que erró y sólo le rozó el omoplato. Este a su vez exclamó:

—¡Malvado Casca! ¿Qué haces?

Se defendió clavando su púa de acero en Casca.

Entonces los puñales del resto de los conspiradores cayeron sobre Cesar, quién al reconocer a Marco Junio Bruto entre sus asesinos, verlo todo perdido y sentir una última puñalada en la ingle, cayó ante la estatua de Pompeyo.

Con el soplo de vida que le quedaba se cubrió la cabeza y las piernas con la toga y dejó de existir.

Los asesinos salieron del Teatro de Pompeyo proclamando su hazaña. Marco Antonio entró y al comprobar que era verdad lo que comentaban, abandonó rápidamente la sala y corrió a esconderse.

El cadáver de Cayo Julio César, dictador vitalicio y Pontífice Máximo de Roma, permaneció abandonado en un charco de su propia sangre durante varias horas hasta que tres esclavos, cuando ya estaba anocheciendo, se atrevieron a cruzar Roma para recogerlo.

En un carro cubierto por una tela, excepto un brazo ensangrentado del cadáver que asomaba fuera de ella, el cuerpo fue transportado a través de Roma a la vista de todos hasta la *Domus Pública*. Allí su médico Antistio le practicó la autopsia. El cadáver de Cayo Julio César presentaba veintitrés puñaladas, pero sólo una era mortal, una herida limpia, en el

1 Once de la mañana

tórax, exactamente a la altura del corazón. Esta herida debió infringirla alguien que conociera la forma más eficaz de matar en el campo de batalla, por lo que probablemente fuese obra de Décimo Bruto. También tenía múltiples heridas defensivas en brazos y piernas, una herida en la cara que había vaciado la órbita izquierda y otra en la ingle. El resto de las puñaladas estaban ubicadas en el torso.

Cinco días después, el veinte de marzo, tras preparar el cadáver para el funeral y habiendo reparado con cera la parte de la cara dañada, Cayo Julio César fue llevado a través de la escalinata derecha de la casa de las vestales, reservada al Pontífice Máximo, al bajo foro donde en la actualidad se encuentra el templo del divino Julio. Allí el pueblo de Roma, como nunca se había visto antes en ningún otro funeral de un hombre, quiso presentarle su último adiós. Desde los más acomodados de las clases medias a los más miserables de las clases más bajas lanzaron los objetos valiosos que poseían para alimentar la pira.

Y así, el veinte de marzo del año 44 antes de Cristo en medio de las llamas, Cayo Julio César, dictador vitalicio de Roma, rodeado por el pueblo de Roma y para el pueblo de Roma, se convirtió en un dios.

